

# antonio cisneros / poemas

## UNA MADRE HABLA DE SU MUCHACHO

Es mi hijo el menor. El que tenga ojos de ver no tenga  
duda.

Las pestañas aburridas, la boca de pejerrey, la mismita  
pelambre del erizo.

No es bello, pero camina con suma dignidad y tiene ca-  
torce años.

Nació en el desierto y ni puede soñar con las calandrias  
en los cañaverales.

Su infancia fue una flota de fabricantes de harina de pes-  
cado atrás del horizonte.

Nada conoce de la Hermandad del Niño.

La memoria de los antiguos es un reino de locos y difun-  
tos.

Sirve en un restaurant de San Bartolo (80 libras al mes  
y 2 platos calientes cada día).

Lo despido todas las mañanas después del desayuno.

Cuando vuelve, corta camino entre las grúas y los tracto-  
res de la Urbanizadora.

Y teme a los mastines de medianoche.

Aprieta una piedra en cada mano y silba una guaracha.  
(Ladran los perros).

Entonces le hago señas con el lamparín y recuerdo como pue-  
do las antiguas oraciones.



## OTRA MUERTE DEL NIÑO JESUS

Si yo supiera por dónde comenzar comenzaría con el corazón en la mano.

Hija y madre de pescadores y agricultores, servidora del Niño.

Aquí de pie con el puño cerrado y las espinas de la tuna más seca.

(Los canales de piedra hundiéndose en la arena como una rata entre los matorrales).

Ni a quién quejarme ahora.

Hemos abandonado a nuestros muertos (puedo oírlos crecer bajo el carbón).

El Niño me perdone.

Adiós plantita del ají, plantita de la ruda, plantita del rocoto.

Adiós luciérnagas, lagartos, alacranes.

Me recojo los cabellos y trato de dormir mientras escucho

las sombras en las dunas una última vez.

(Al desierto lo que era del desierto. Al mar lo que es del mar).

*(de Crónica del Niño Jesús de Chilca.)*